

## **Pseudo-piropos**

*Yo soy yo y tú eres tú. Yo no estoy en este mundo para satisfacer tus expectativas ni tú estás en este mundo para satisfacer las mías. Si nos encontramos, es hermoso. Si no nos encontramos, déjalo estar.*

*Fritz Perls.*

Sonia llevaba muy poco tiempo en su nuevo centro de trabajo. Se trataba de una oficina pequeña en un pueblo muy acogedor de la costa. Por fin, la luz, el aire, el espacio. Después de vivir varios años en Madrid, aquello le parecía un lugar relajado y agradable para pasar los meses del invierno y quién sabe si podría llegar a quedarse más tiempo que el que figuraba en su mini-contrato de prueba.

Los compañeros fueron muy generosos desde el principio y le explicaron donde estaban las salas, donde encontraría los archivos más importantes, donde podría tomar café o té y con qué persona tenía que evitar el trato en la medida de lo posible. A Sonia no le agradaba este tipo de consejos sin pedirlos, así que se interesó por la persona con la que supuestamente tenía que tener cuidado.

Estaba leyendo el periódico. Le llamaban “El chino” y cuando se dirigió a él supo el porqué. Sonia y él entablaron conversación rápidamente ante la atónita mirada de los demás compañeros que por razones ocultas, ni siquiera le dirigían la palabra. Resultó ser un señor encantador. Estaba a punto de jubilarse y tenía una rapidez y una agudeza que se notaba en cada aportación que hacía al diálogo. No se sentía comprendido por nadie, salvo por su perro. Sonia, en cambio, acababa de cumplir veintiocho años y

estaba fuerte y llena de vida. Tenía exactamente la vida que había escogido tener. Era libre y tenía tiempo para lo que más amaba: la música y el cine.

De repente, un día que tenía más desahogado, empezó a hablar con un compañero sobre cine clásico. Se sintió cómoda y entusiasmada hablando con él. Iba a aprender mucho a su lado. Quedaban todos los días a la hora del café y la conexión parecía evidente.

Este compañero, Luis, rondaría los cuarenta y estaba casado con su novia de toda la vida, a la que mencionaba día sí, día también. Sin embargo, Luis aprovechaba cualquier momento para acercarse a Sonia y hablar con ella con cualquier pretexto sin motivo aparente.

Poco tiempo después, Sonia escogió un vestido que le sentaba muy bien para ir a la oficina. Hacía calor, un calor que no era propio de la época, el llamado "verano" del que todo el mundo hablaba. Hacía calor y la sensación de no tener que taparse las piernas todavía, le daba tranquilidad.

Luis le miraba las piernas de soslayo y ella se hacía la sueca. Más tarde, ese mismo día él le dijo en voz baja:

-Eso, tú ven así siempre, con vestidos, que nos alegren el día.

Sonia, que tenía en gran estima a su compañero y lo consideraba un hombre culto e instruido, no supo qué contestar. Se quedó paralizada. Justo cinco minutos después, pasaba el jefe por el pasillo y Luis volvió a la carga.

-Estas son las trabajadoras que tenéis que contratar aquí y no a las viejas pellejas que vienen a veces –dijo en tono burlón.

Sonia nunca había experimentado lo que era sentirse un cacho de carne hasta ese mismo instante. Sintió que solamente la estaban valorando por su juventud y por su fachada, no por sus dos licenciaturas, sus años en el extranjero y su máster. Se volvió a quedar callada y soltó una risa nerviosa de complacencia.

Al llegar a casa, Sonia se dio cuenta de que lo que Luis había hecho es tener una actitud machista hacia ella, que se materializó en los comentarios sobre la ropa y luego sobre su físico.

Al día siguiente se puso unos vaqueros y una camiseta amarilla de apoyo al sector informativo, el que más había sufrido con la crisis. La respuesta de Luis no se hizo esperar. Se dirigió a ella y desde su altura (¿o altivez?) comentó:

-No te pega, no te pega nada llevar esa camiseta, pero tengo que reconocer que tiene su puntito erótico.

El colmo ya. Cada vez parecía que disfrutaba haciendo este tipo de pseudo-piropos sexistas.

-Me pones malo siempre...con esos vestiditos que me traes –dijo mordiéndose los labios.

Cada vez, Sonia sentía más desgana e incluso asco ante tal individuo. Cada vez le daba más asco y pena y rabia. Una combinación que no podía soportar mucho tiempo más. ¿Por qué las mujeres tenemos que consentir estos comentarios?, ¿por qué somos juzgadas por nuestro aspecto? –se preguntaba Sonia.

Habló con una compañera sobre lo ocurrido, pues a lo mejor ella estaba exagerando demasiado. Necesitaba una opinión neutral. Su compañera también opinaba que esos comentarios eran claramente sexistas y que estaban fuera de lugar.

¿Cuándo seremos tratadas con verdadera igualdad las mujeres en un mundo todavía tan patriarcal, con valores tan masculinos como telón de fondo?, ¿era posible librarse de ese peso que todas las mujeres de la tierra han soportado durante siglos?, ¿cómo podemos cambiar las mentes sino a través de la educación y del ejemplo?.

Sonia se quedó dormida en su cama de matrimonio dándole vueltas a esta cuestión. De repente, recibe un Whatsapp de Luis.

-Perdona, no quería ofenderte. Siento mucho la actitud que he tenido contigo. Lo siento, de verdad. Espero que me entiendas.

Algo está cambiando en las conciencias.

Pseudónimo: Piroška